

APORTACIONES FLANKEANAS AL PROBLEMA DE LA CONCIENCIA

Mauricio Nicolás BATTAFARANO

Resumen

El Sistema Nervioso Central, y en particular el cerebro, presentan una cito arquitectura compleja y maravillosa. Las neuronas conforman redes que se comunican entre sí a través de eventos químicos y moleculares. La pregunta acerca de cómo procesos objetivos como los disparos neuronales se vinculan con fenómenos subjetivos como las percepciones conscientes, atrae la atención de neurocientistas, psiquiatras y filósofos. Importantes autores como Denett o Searl intentan explicar la conciencia desde un enfoque bio-mecanicista. En su esfuerzo, tropiezan con serias dificultades al tratar de relacionar procesos neuromoleculares con los aspectos personales de la conciencia, así como también al momento de definir la conciencia. La concepción antropológica frankleana con su idea multidimensional de la realidad humana, ofrece una aportación abarcadora e integradora para la comprensión de la conciencia humana. El reconocimiento que la logoterapia hace del carácter trascendente de la conciencia, amplía la definición que de la misma brindan autores que parten de criterios reduccionistas.

Abstract

Viktor Frankl's Contributions to the Problem of Consciousness

The Nervous Central System, and in particular the brain, shows a complex and wonderful cito-architecture. Neurons form webs that communicate themselves through chemical and molecular events. The question concerning how objective processes as neuronal shots are linked with subjective phenomena as conscious perceptions, attracts the attention of neuroscientists, psychiatrists and philosophers. Important authors as Denett or Searl try to explain consciousness from a bio-mechanic point of

view. In their effort, they find serious difficulties trying to relate neuronemolecular processes with personal aspects of consciousness, and at the moment of defining consciousness. Viktor Frankl's Anthropologic perspective, with his multidimensional point of view of human reality, offers an inclusive and integrative contribution to the understanding of human consciousness. Logotherapy's ability to recognize the transcendent character of consciousness widens that definition provided by those authors who have a reductionist approach.

Palabras clave: conciencia, logoterapia, reduccionismo, ontología dimensional

Key words: Concioussness, logotherapy, reductionism, dimensional ontology

“Si no fuéramos a creer en nada porque no podemos tener certeza sobre todo, nos conduciríamos con tanto tino como aquel que no usara sus piernas, sino que sentado se dejara morir porque no tiene alas”.

John Locke

El mundo contemporáneo inquieta a nuestra razón con desafíos inéditos, incesantemente novedosos, que no pueden ser abarcados por el exiguo saber de una sola disciplina. Los enfoques monodisciplinarios, si bien imprescindibles para recabar información específica, naufragan cuando deben vérselas con problemáticas que, por su diversidad y multiplicidad de facetas, solo pueden ser abordadas por lo que en la actualidad se conoce como *diálogo transdisciplinario*; diálogo que representa el esfuerzo conjunto de disciplinas diferentes que intentan converger en puntos de encuentro que faciliten la comprensión de planteamientos complejos. La conciencia, como temática perennemente vigente, no escapa, para su verdadera comprensión, a esta necesidad de diálogo entre disciplinas distintas. La revolución que en los últimos decenios han desplegado las neurociencias, ha conducido el conocimiento del funcionamiento cerebral hacia fronteras impensadas, convirtiendo esta propuesta dialógica en una obligación intelectual ineludible. El presente artículo representa un intento de acercamiento transdisciplinario al problema de la conciencia, y una invitación a profundizar sobre un tema de monumental importancia y que se halla lejos de encontrarse agotado.

Imaginemos por un minuto 1011 millones de pequeñas células, vecinas unas con otras, rodeadas por un mar de líquido por donde se desplazan, a diversas velocidades, moléculas y solutos variados y cercadas por millones de otras células, morfológicamente disímiles, que las rodean cumpliendo una función de sostén imprescindible para que aquellas células a las que nos referimos en primer lugar cumplan adecuadamente con su tarea. Esta breve descripción, si prescindieramos del número exacto de células del primer tipo que apuntáramos al comienzo, podría representar la estructura básica de cualquier órgano de nuestro cuerpo. Concretamente la conformación de nuestros órganos se organiza en torno a la presencia de células con función específica y de otras células que sirven de soporte o sostén. Pero he aquí que esas células en cuestión (además de ser tan numerosas como con precisión señalaríamos) poseen algunas características extraordinariamente particulares que otras células funcionales del organismo no poseen.

En primer lugar, tienen una morfología o apariencia algo extraña: un cuerpo celular de aspecto redondeado o estrellado del cual se desprenden prolongaciones a manera de tentáculos de pulpo. Al observar con detenimiento estas prolongaciones se pueden distinguir dos subtipos de las mismas: por un lado una prolongación única de recorrido extenso a la que anticipadamente denominaremos axón y por el otro un conjunto de ramificaciones celulares que en su totalidad parecen simular la copa de un árbol, y a las que llamaremos dendritas. Si continuamos con nuestra observación comprobaremos que los axones al finalizar su recorrido presentan una dilatación, a la que designaremos con el nombre de botón terminal (por su aspecto tan parecido a los botones de un saco), y que esta dilatación se encuentra en importante vecindad con un conjunto de dendritas pertenecientes a otras células. Entre el botón terminal y la membrana celular dendrítica no existe puente ni continuidad plasmática de ningún tipo sino que por el contrario, hay entre ellos un espacio, conocido en medios científicos como la hendidura sináptica.

Este esquema de contacto celular se repite en la gran mayoría de estas células, de tal manera que cada una de ellas se encuentra en proximidad con varios miles de otras células, estableciéndose entre ellas patrones de vecindad estructural sumamente llamativos. ¿Tiene esta intrincada cercanía algún sentido conocido? Por supuesto que sí. Estas células, a las que en adelante (y para develar el misterio que la gran mayoría de los lectores ya habrán resuelto) denominaremos neuronas, constituyen el soporte

te estructural de un órgano privilegiado de nuestro cuerpo que es el cerebro. Y la principal razón de ser de nuestro cerebro es la de establecer la comunicación con el mundo que nos rodea tanto externo como interno; es decir llevar adelante una función dialógica por excelencia, esencial para el desarrollo de nuestra vida tal cual la conocemos.

Si retomamos por un instante, nuestro relato previo sobre las neuronas, veremos que su estructura y disposición espacial, así como ciertas características funcionales especiales sirven muy bien a esta actividad dialógica del cerebro en su conjunto. Todas las células del cuerpo humano poseen una membrana celular a manera de lugar y filtro para el intercambio de sustancias con el medio circundante. A su vez estas membranas presentan ligeras variaciones de su potencial eléctrico, es decir, variaciones en los valores relativos de cargas eléctricas positivas y negativas a ambos lados de esta membrana. Las neuronas no son una excepción a esta regla. Reciben permanentemente estímulos desde otras células a los que llamaremos inhibitorios si negativizan el potencial de membrana y excitatorios si lo positivizan. Pero a diferencia del resto de las células del cuerpo humano, las neurona presentan la particularidad, única en el organismo, de que cuando los estímulos recibidos de otras neuronas tanto por su frecuencia temporal como por la suma espacial de los mismos, consiguen excitarlas hasta un punto determinado de su potencial de membrana, las neuronas disparan una señal eléctrica conocida como potencial de acción. Para entenderlo de manera simple, el potencial de acción es algo así como el alfabeto empleado por las neuronas para su comunicación, alfabeto que se expresa a través de patrones de frecuencias distribuidos en tiempo y espacio.

El ingreso de información a una neurona no se realiza de forma aleatoria en términos de lugar de entrada de la información sino que, en general, sigue una secuencia espacial fija, lo que se conoce como polarización específica: las dendritas reciben la información excitatoria o inhibitoria proveniente de otras células vecinas, el cuerpo celular la procesa y en caso de alcanzar el umbral de excitación suficiente, se disparan los potenciales de acción que habitualmente se originan en el punto donde el axón se desprende del cuerpo celular (por ser este sitio el más sensible a las variaciones eléctricas) y recorren a gran velocidad el camino a lo largo del axón hasta el botón terminal.

Allí tiene lugar otro hecho sorprendente: la señal eléctrica (potencial de acción) no se transmite como tal a la neurona vecina. Entre ambas células se encuentra un espacio que la información debe saltar, conocido como hendidura sináptica. ¿Qué ocurre entonces? Pues bien, una vez alcanzado el botón terminal, los potenciales de acción inducen la liberación de sustancias químicas al espacio sináptico provocando la transformación de la señal eléctrica en una señal de naturaleza química. Las sustancias liberadas en la sinapsis, a las que en forma genérica y para no entrar en detalles complejos llamaremos neurotransmisores (denominación que honra su función), navegan por ese espacio entre axón y dendrita para alcanzar la membrana celular vecina e interactuar en sitios específicos de esta membrana a los que denominaremos receptores. La unión del neurotransmisor con el receptor induce cambios en la neurona donde se encuentra el receptor. Dichos cambios se traducen nuevamente a señales excitatorias o inhibitorias de tipo eléctrico (proceso inverso al que ocurre con la llegada de potenciales de acción al botón terminal) que habrán de procesarse en el cuerpo celular y, de acuerdo al resultado de dicho procesamiento, dispararan o no potenciales de acción, amplificando o restringiendo la comunicación celular.

Complicando discretamente esta descripción podemos agregar que las neuronas no se distribuyen en el cerebro en forma azarosa sino que, por el contrario, conforman circuitos a través de los cuales fluye información específica. Los circuitos cerebrales se organizan en redes que funcionan en paralelo, por lo que el ingreso, recorrido y egreso de la información puede darse por y a través de diversos sitios neuronales, lo que le da al funcionamiento cerebral la forma de una trama entretejida, compleja. Curiosamente, la etimología de la palabra complejo hace referencia a entretejido junto; el cerebro humano en su complejidad parece responder plenamente al sentido de la palabra.

Dado que las señales eléctricas son indistinguibles de neurona a neurona, es la distribución espacial de los circuitos a lo largo del sistema nervioso la que determina las distintas modalidades de actividad cerebral. Ejemplificando: los potenciales de acción que recorren la vía óptica no difieren de los que viajan por el nervio auditivo, lo que cambia son las áreas o regiones del sistema nervioso comprometidos. Por tanto, es la organización espacial de la vía óptica, diferente en su recorrido a la vía auditiva, lo que determina que una información sea percibida como auditiva o visual.

Esta breve e incompleta reseña acerca del modo de funcionamiento de nuestro sistema nervioso, y en particular de nuestro cerebro, es, a pesar de sus limitaciones, suficientemente sugestiva de lo profundo, complejo y maravilloso que es el capítulo de lo que hoy conocemos como neurociencias.

También resulta comprensible la vocación de ciertos investigadores deslumbrados por estos conocimientos, para extender sin más estas complejidades y convertirlas en una explicación antropológica sustentable. Toda esta impactante anatomía celular y molecular es absolutamente suficiente para que autores como Francis Crick (1994), intenten explicar el fenómeno de la conciencia considerándola como un mero producto de las redes de disparos neuronales y su organización cito-arquitectónica cerebral. Ahora bien, ¿es este tipo de explicación acerca de la conciencia suficiente para dar cuenta de todos los aspectos que el problema de la conciencia abarca? ¿Podemos desde un enfoque logoterapéutico realizar algún aporte sustancioso que contribuya a esclarecer esta temática contemporánea tan atractiva como conflictiva? ¿Cómo superar a un reduccionismo que sobre el despliegue incesante de datos neurobiológicos desacredita cualquier otra interpretación de la conciencia que no sea la bio-mecanicista? Frente a la pregunta, que parafraseando a John Searl (2000) se hace no solo él sino la inmensa mayoría de filósofos e investigadores que estudian esta temática: ¿Cómo procesos neurobiológicos, como los descritos, consiguen exactamente causar la conciencia?, ¿cuál es la propuesta que los logoterapeutas podemos ofrecer al mundo científico para lograr un acercamiento más comprensivo al interrogante acerca de la conciencia? ¿cómo construir a partir de una actitud seria, abierta, dialógica e integradora un puente de comunicación e intercambio entre la logoterapia y la neurobiología imprescindible para entender el fenómeno de la conciencia humana?

¿Qué relación existe entre estos procesos neuromoleculares, factibles de ser reproducidos en un laboratorio y los aspectos subjetivos de los fenómenos conscientes? ¿Es este punto, abismo profundo donde hoy se detiene el mundo científico, un precipicio que las neurociencias saltarán tarde o temprano; o bien harán falta otras hipótesis y nuevos elementos conceptuales para que en diálogo con las neurociencias sean capaces de responder a la pregunta por la conciencia?

¿Cómo se define a la conciencia, qué es la conciencia? Y, en el fondo, abriéndose paso entre las sombras de estas preguntas, quizás la

interrogación ontológica por excelencia acerca del modo de ser de la realidad humana, de la cual la conciencia es un fenómeno fundante.

Coincido con John Searl (2000), en que una primera dificultad para abordar las respuestas a estas preguntas surge de la terminología clásicamente empleada desde el siglo XVII por filósofos y científicos en general. Como este autor señala con acierto, en aquel momento Descartes y Galileo Galilei distinguieron dos realidades: una física accesible a la ciencia, y otra mental del alma, fuera del alcance de la investigación científica.

Esta división surgió con el objetivo de permitir a los hombres de ciencia el estudio de ciertas temáticas, que al ser sustraídas de la órbita y controles religiosos, pudieron ser estudiadas a la luz de la metodología científica-naturalista. La conciencia, al tratarse de un fenómeno mental quedó transitoriamente excluida del estudio científico y dejada bajo el amparo de concepciones metafísicas.

Este planteamiento, consistente en una subdivisión de la realidad en un aspecto físico y otro mental fue conocido como **dualismo**. Aplicado al ser humano, el **dualismo** consiste en aceptar una realidad psicobiológica susceptible de ser estudiada por la medicina y las ciencias básicas que la acompañan y otra realidad mental, distinta a la anterior, no sujeta a explicaciones físico-mecanicistas, solo accesible a través de hipótesis o acercamientos filosófico-religiosos.

Desde finales del siglo XIX y con mucha fuerza a partir de mediados del siglo XX, fue creciendo en el ámbito científico-filosófico una corriente de pensamiento, que apoyada en los brillantes descubrimientos acerca del funcionamiento cerebral, cuya reseña se mostró al comienzo de este artículo, en la teoría de sistemas y en los desarrollos computacionales capaces de reproducir ciertos comportamientos neuronales, sostuvo y sostiene frente a la postura dualista, que la realidad es única y material y por tanto ciento por ciento factible de ser estudiada y explicada por el método científico. Bajo esta nueva concepción, la vida mental es una función cerebral más, cuyo completo develamiento es una cuestión de tiempo y perfeccionamiento técnico. Esta manera de entender la realidad humana tiene diversos matices según los autores que la enuncian, pero en su conjunto recibe el nombre de **unicismo**, nombre que subraya con énfasis su antagonismo con el **dualismo** del que hablábamos previamente. El

planteamiento unicista, además de alejar definitivamente cualquier connotación religiosa y por lo tanto liberar plenamente lo humano para el estudio neurocientífico, se reviste de sentido común al retomar, según su óptica, un criterio de unidad de la realidad humana, perdido en los laberintos del dualismo.

Probablemente, habiéndose agotado en la actualidad, las razones históricas que motivaron el surgimiento de la terminología dualismo-unicismo, no tenga hoy en día, ningún sustento el empleo de estas palabras, a excepción de la costumbre, cuya fortaleza en el sostenimiento de estructuras obsoletas es por todos conocida. El ser humano es una unidad, un todo, cuya partición en dos realidades: una física y otra mental y la terminología usada para entenderla (dualismo-unicismo), pareciera contribuir a una desintegración ontológica y epistémica que aleja al estudioso de una verdadera comprensión de la realidad humana.

Ahora bien, como acertadamente señalara Viktor Frankl, que el hombre sea una unidad no significa que no presente una multidimensionalidad cuyo reconocimiento permite resolver problemas como el de la conciencia, que de otro modo quedarían presos de una explicación biológico-causalista, que ciertamente tendría sobradas dificultades para abordar los aspectos más íntimos y subjetivos de lo humano, no reproducibles experimentalmente.

Si aceptamos la idea de multidimensionalidad para comprender el fenómeno humano, es posible reconocer una dimensión biológica, otra psicosociocultural y, finalmente, una dimensión espiritual cuyo conjunto conforma la unidad de lo humano. Lo humano es a la vez único y a la vez multidimensional, como si se tratara metafóricamente de un cubo que posee ancho, largo y profundidad, dimensiones que por sí mismas y aisladas no pueden explicar al cubo como totalidad. A esta dimensionalidad le debe su riqueza lo humano, ya que cada dimensión posee una complejidad inagotable. En el hombre lo biológico es el sustrato a través del cual pueden expresarse sus otras dimensiones. En el animal lo biológico es todo o casi todo, si reconocemos en algunos casos algo de vida psíquica. Pero en el animal no hay cultura ni vida espiritual. Si prolongáramos la metáfora del cubo, podríamos sugerir que el animal no es justamente un cubo sino un cuadrado bidimensional, carente de dimensión espiritual. Tampoco existe esa articulación tan humana entre sus múltiples dimensiones que permite las características únicas del hombre que lo han hecho

sujeto de un desarrollo como ninguna otra especie en el planeta ha tenido. Convengamos que por más esfuerzos científicos que se hagan en búsqueda de rasgos humanos en otras especies, la historia filogenética muestra que, salvo en el cine, ningún simio construye ciudades, ni desarrolla cultura. Al unicismo, si bien se le debe reconocer el merito de rescatar lo unitario, se agota en una mirada reduccionista, que se ofrece a la reflexión como escasa y desarticulada.

Dicho todo lo anterior, se percibe con claridad que abandonar los conceptos de dualismo o unicismo se impone a nuestra razón por la insuficiencia que estos conceptos muestran a la hora de referirse a la realidad del hombre y, en particular, al tema que compete a este artículo que es la conciencia. A manera de propuesta esclarecedora y simplificadora, propongo el reemplazo de estos términos al referirnos a la conciencia, por el más simple y claro adjetivo de humano. De esta forma podríamos referirnos a la conciencia como conciencia humana, lo cual implicarla aceptar la unidad y especificidad de lo humano, establecer un distingo inequívoco de lo que es singularmente del hombre de lo que no lo es, abandonar la unidimensionalidad escondida en la idea unicista; en definitiva, sabríamos sin necesidad de ninguna aclaración posterior que nos referimos al cubo y no al cuadrado. Hablar de conciencia humana remitiría al reconocimiento de la misma como un fenómeno unitario pero que, al ser humano, debe ser abordado en su multidimensionalidad, lo cual conduce al conocimiento de lo sociocultural y espiritual y de lo biológico. Abandonar los conceptos dualismo-unicismo significaría un interesante paso en aras de clarificar y simplificar temáticas tan difíciles, al mismo tiempo que conduciría a desear por insuficientes numerosas posturas reduccionistas.

El conocimiento de la complejidad de lo biológico, tal cual señaláramos en la introducción, se torna imprescindible para comprender los instrumentos de expresión de las demás dimensiones y es, a la vez, reflejo de la complejidad que el hombre como un todo y las distintas dimensiones en particular poseen. Si lo biológico no fuera tan complejo, por cierto mucho más que en otras especies, no podría ser un sustrato útil para la cultura y la espiritualidad humana. Es por esa razón, que conocer mejor lo biológico, es una forma de ampliar la información acerca del instrumento a través del cual el ser humano expresa lo propiamente humano. Como diría Frankl, si conocemos mejor el instrumento podemos efectuar una afinación cada vez mas precisa del mismo, lo que no debemos hacer, es creer que desde una sola dimensión se comprende el todo, a pesar de

que el estudio científico debe ser necesariamente unidimensional. Los estudios de ontología dimensional son sumamente claros en advertir los riesgos que se corren al intentar captar una realidad desde una dimensión inferior. Si efectuamos un corto repaso de las leyes de la ontología dimensional, ellas nos facilitarán comprender estos conceptos. La primera ley dice lo siguiente: Si un mismo objeto es proyectado desde su dimensión a distintas dimensiones inferiores, se disocia en figuras que se contradicen entre sí (un cilindro proyectado sobre un plano lateral da un rectángulo y el mismo cilindro proyectado sobre un plano inferior genera la figura de un círculo). La segunda ley dice: Si diversos objetos son proyectados a una misma dimensión inferior dan lugar a figuras polivalentes (por ejemplo un cilindro y una esfera, proyectados ambos sobre un plano inferior generan una figura idéntica de un círculo). ¿Cómo se aplican estas ideas a la realidad humana? Dejemos hablar a Viktor Frankl (1987): “En efecto, la proyección al plano biológico genera fenómenos somáticos, mientras que la proyección al plano psicológico da lugar a fenómenos psíquicos. Pero a la luz de la ontología dimensional esta contradicción no se opone a la unidad del ser humano como la contradicción entre el círculo y el rectángulo tampoco se opone al hecho de tratarse de proyecciones de un mismo cilindro. Tengamos presente, sin embargo, que la unidad del modo de ser humano, que trasciende la variedad de las diversas clases de ser en las que participa, es decir, la superación de contrastes como *soma y psyche*, la *coincidencia oppositorum* de Nicolas de Cusa, no puede encontrarse en los planos donde proyectamos al ser humano. Esa unidad hay que buscarla en la dimensión superior, la dimensión de lo específicamente humano” (p. 155).

Searl (2000) en su libro “El misterio de la conciencia”, si bien descarta el planteamiento dualismo-unicismo, llega a la conclusión, a mi juicio errada, de que la conciencia es una función biológica como la digestión y que como tal debe ser entendida y estudiada. En principio, la digestión es un proceso orgánico que no presenta ni remotamente la complejidad que lucen las conexiones neuronales. Comparar el peristaltismo intestinal con la vía óptica por ejemplo, es cuanto menos una muestra de cierta desinformación biológica. Pero además, los procesos digestivos, si bien más sofisticados en el ser humano que en otras especies, no constituyen procesos fundantes de la realidad humana como lo son los fenómenos conscientes. Lo que hace al hombre, hombre, no es que coma sino que sea consciente, entre otras cosas, de que come.

Si retomamos el concepto frankleano de la multidimensionalidad humana, el psiquiatra vienés es muy contundente al señalar el carácter fundante de la realidad humana que posee la dimensión espiritual, ser persona es poseer una dimensión espiritual. Esta dimensión no es causada por lo psicobiológico, sino que encuentra allí su medio de expresión. Es por ello, que no puede nunca lo espiritual, ser confundido con un rasgo de lo biológico como pretenden algunos filósofos y científicos (retomando la metáfora del cubo no se puede explicar la profundidad por el ancho o el largo).

En esa misma línea, la conciencia como parte de lo humano es también multidimensional. Tiene un sustrato biológico, constituido por las neuronas cerebrales y sus complejas conexiones, pero no es un rasgo del cerebro y, por tanto, en su totalidad no puede ser explicada sino comprendida. La conciencia es básicamente un problema ontológico y como tal debe ser abordado y estudiado. Esta es probablemente la razón por la cual reiteradamente fracasan los intentos de explicación físico-causalista de la conciencia, que llegados a un punto de su desarrollo teórico, no encuentran argumentos para explicar los aspectos unitarios, intencionales y subjetivos de la conciencia.

La sensación de dolor que experimenta Juan, diferente a la que experimenta Pedro, no puede entenderse exclusivamente por medio de las conexiones neuronales de Juan ni de Pedro; menos aún la valoración ética diferente que frente a una misma situación puede hacer la conciencia de Juan o de Pedro. El método científico, válido y necesario en la dimensión neuronal, se extravía, cuando se intenta sólo desde *él* explicar la realidad de la conciencia humana. Por cierto, el unicismo es una elegante expresión del reduccionismo contemporáneo, que en muchas ocasiones adquiere una formulación dogmática, teñida de contenidos cuasi religiosos como los que dice criticar. Este dogmatismo es el responsable de cierto maniqueísmo cognitivo, que tiende a descalificar toda aportación intelectual que no abrevie en aguas científico-naturalistas.

Un inconveniente, desde ya no menor, es la definición de conciencia o, dicho de otra manera, *de qué* hablamos cuando hablamos de conciencia.

Aquí, podríamos agrupar a los autores que apoyan hipótesis de conciencia bio-mecanicistas (lo que se conoce o conocía como unicistas,

que en realidad son unidimensionales) en dos subgrupos: uno constituido por los que, como Daniel Dennett (1991), sostiene la hipótesis computacional de la conciencia, que consiste en sostener que el cerebro humano es asimilable a un computador y que la conciencia es un programa de dicho computador y los que como Searl (2000), sostienen que la conciencia es una función biológica, un rasgo o función emergente del cerebro, alguno de cuyos comportamientos pueden ser simulados computacionalmente pero que de ninguna manera puede ser asimilada a un programa de computación.

En el primer caso, luego de un sofisticado y literariamente atrapante desarrollo, Dennett (1991), en su libro “La Conciencia Explicada”, termina por negar la existencia misma de la conciencia humana al negar la existencia de estados mentales subjetivos. Para él, la conciencia es un complicado programa computacional cuya ejecución haría indistinguibles a seres humanos de maquinas inconscientes que se comportaran como seres humanos. En un libro posterior, Dennett (La Evolucion de la libertad, 2004) completa su mirada biodeterminista, con un planteamiento acerca de la libertad humana a la que, desde un enfoque unidimensional, reduce a una excrescencia cerebral, sujeta al arbitrio de aparentemente sofisticados mecanismos biológicos filo y ontogenéticos, de evitación y probabilidad. La autonomía en la elección pese a los condiciones de la facticidad psicofísica, es negada por Dennett para quien la libertad es simplemente una ilusión y la conciencia, el sostén biológico de esa ilusión.

Autores como Searl (2000) descartan la hipótesis computacional por considerarla insuficiente, si bien aceptan que ciertas funciones cerebrales pueden ser computacionalmente imitadas. Esta postura, que él define como *inteligencia artificial débil* para diferenciarla de posturas como la de Dennett a las que denomina *inteligencia artificial fuerte*, implican una aceptación por parte de este autor de que la conciencia presenta aspectos subjetivos no explicables bajo una hipótesis computacional.

En su libro “El misterio de la Conciencia” Searl (2000) afirma: “Para nosotros las palabras tienen significado o semántica. La mente no podría ser un mero programa computacional porque los símbolos formales de los programas computacionales no bastan por sí mismos para garantizar la presencia del contenido semántico que se da en nuestras mentes” (p. 24). Ergo no somos computadoras ya que las computadoras se limitan a ejecutar funciones que consisten en la manipulación de símbolos, sím-

bolos que solo adquieren significado en función de nuestra humana interpretación consciente.

Sintetizando la posición de Searl, el cerebro es un órgano más de nuestro cuerpo, poseedor, en el mejor de los casos, de una constitución maravillosa, y la conciencia, el resultado de los procesos neuronales del cerebro, así como la digestión es el resultado de procesos de degradación y absorción de alimentos al compás de ciertos movimientos coordinados del tubo digestivo. Este es el motivo por el cual apela a una definición operativa de la conciencia a la que denomina de sentido común, donde dice que el termino conciencia alude: “a aquellos estados del sentir y del advertir que, típicamente, dan comienzo cuando despertamos de un sueño sin sueños y continúan hasta que nos dormimos de nuevo, o caemos en un estado comatoso, o nos morimos o de uno u otro modo, quedamos inconscientes” (Searl, 2000, pag 19). Como se ve, se trata de una definición sumamente acotada de conciencia que destaca exclusivamente los aspectos neurobiológicos de alerta y percepción, desconociendo otros aspectos de la conciencia como la autoconciencia o la conciencia moral. En la misma línea de pensamiento Marsel Mesulam (2000) en su libro “Principles of Behavioral and Cognitive Neurology” afirma que “... la conciencia puede ser inferida toda vez que un organismo vivo presenta una respuesta adaptativa frente a un requerimiento del medio no del todo automática” (p. 93). Más adelante explica que el pasar de sensación a cognición, en cerebros más simples que presentan escasos pasos intermedios de procesamiento de información, conduce a niveles de conciencia más pobres, mientras que en el humano, los múltiples pasos intermedios entre neuronas receptoras de información y neuronas efectoras de respuesta serían los responsables de los mayores niveles de conciencia propios de nuestra especie. Mesulam, como muchos neurobiólogos y filósofos de la conciencia enrolados en esta línea reduccionista, presentan una indudable confusión cognitiva al otorgarle al complejo alfabeto neuronal la posibilidad de construir discursos en ausencia de emisor.

El emisor, desde la perspectiva del pensamiento frankleano, es la persona espiritual que se expresa a través del alfabeto neuronal, cuya asombrosa complejidad es simplemente coherente con la complejidad de la realidad humana en su conjunto. No es imaginable pensar en la persona, expresándose a través del cerebro de una vaca, ya que en ese caso carecería del soporte imprescindible para construir su mundo. Pero eso, no nos da derecho a confundir al hormigón armado con el ingeniero cons-

tractor, por maravilloso que el hormigón sea. Si este conjunto de eventos objetivos, como por ejemplo los disparos neuronales, alcanzaran por sí mismos para explicar la subjetividad intransferible de los fenómenos conscientes, toda discusión sobre la realidad humana habría terminado y ya no cabría duda alguna sobre nuestra condición de monos, en el mejor de los casos, algo pretenciosos. La tendencia de muchos neurobiólogos a entender la realidad humana en términos de diferencias cuantitativas con otras especies contrasta con la evidencia cotidiana de que el ser humano es el único ser viviente capaz de transformar su medio ambiente en un mundo e interactuar creativamente sobre él. A excepción de novelas y eventos cinematográficos de ficción no existe ninguna posibilidad real de un mundo dirigido por simios, como sugiriera algunos párrafos atrás.

Thomas Nagel (1993) plantea una curiosa forma de resolver el problema de las reglas que permitan extrapolar propiedades subjetivas como la conciencia de propiedades objetivas como los disparos de neuronas en el cerebro. Comienza reconociendo que el abordaje científico es inevitablemente reduccionista y propone una búsqueda de un método alternativo. Dicho método podría consistir, según Nagel, en hallar los componentes elementales de los fenómenos subjetivos, los que serían los componentes básicos de la mente como las moléculas y átomos lo son del cerebro. Si a este conocimiento de los elementos subjetivos se asocia un mayor y más profundo conocimiento de la biología cerebral, es probable que se encuentre una respuesta a la relación entre la actividad del cerebro y la experiencia personal. La visión de Nagel presenta, a mi juicio, la dificultad para definir los componentes elementales de la vida anímica y una probable arbitrariedad en la elaboración de dicha definición.

Ésta, como otras teorías de la conciencia, mantiene de manera más o menos explícita, la expectativa de resolver el tema de la conciencia en términos biológicos-reduccionistas. Las consecuencias de aferrarse a estas posturas conlleva una búsqueda de respuestas insuficientes que se agotan en especulaciones cuya esperanza mantienen los descubrimientos neuromoleculares.

La conciencia misma sufre un proceso de achicamiento, ya que, como hemos visto, las definiciones dejan absolutamente de lado aspectos relacionales y éticos de la conciencia preservando solo los contenidos de alerta, y subordinando cualquier otro aspecto a un epifenómeno del primero. Estas definiciones tienen profundas consecuencias prácticas en el

ámbito psicoterapéutico, ya que eliminan de la consideración del terapeuta algunos fenómenos conscientes primarios en el paciente, como la conciencia ética situacional, que adquieren un lugar absolutamente secundario.

Siguiendo una línea frankleana propongo una definición de conciencia que considere la misma como aquella *condición humana que, presente durante el estado de vigilia, permite al hombre un reconocimiento e intercambio creativo con sí mismo y con el mundo*. La consideración de los aspectos relacionales de la conciencia en la definición de la misma, implican el reconocimiento de la trascendencia de la conciencia, aspecto que ciertamente no puede ser plenamente comprendido desde una concepción exclusivamente biológica de la conciencia que solo haga hincapié en sus aspectos de alerta y perceptivos.

La conciencia humana es siempre conciencia de algo y/o conciencia para algo. Al hablar de intercambio intento subrayar el componente dialógico de la conciencia, diálogo que se establece con la intimidad *subjetiva* y con el mundo *objetivo*, en una doble vinculación que muestra la especificidad humana y es la matriz viviente de sus posibilidades. Hasta donde conocemos, solo el hombre tiene conciencia de sí mismo y es capaz de reconocer a otro congénere como un tú y, por lo tanto, de reflexionar. Sin esa capacidad de asumir diferentes perspectivas desde las cuales observar e interactuar con el mundo y consigo mismo y de reflexionar a partir de ellas, no sería factible poder hablar del modo humano de vivir. El hombre vive en relación y, porque vive en relación, debe *necesariamente ser consciente* de esa relación. La logoterapia, muestra desde sus inicios como propuesta antropológica, imprescindible para un acercamiento terapéutico a lo humano, una actitud abierta comprensiva e integradora, que partiendo de un modelo multidimensional genera posibilidades de reflexión y respuestas que permiten superar los límites indisimulables de los modelos reduccionistas de cualquier origen.

Las aportaciones frankleanas constituyen un camino abierto que invita a ser recorrido y ahondado, a la vez que iluminan con una perspectiva interesante y complementaria el problema, aún vigente, de la conciencia.

Mauricio Nicolás BATTAFARANO es doctor en medicina y cirugía, especialista en psiquiatría, especialista en psicología clínica y magister en psiconeuroinmunoendocrinología.

Bibliografía

Acevedo, G. y Battafarano, M. (2003). *Desde Viktor Frankl. Hacia un enfoque transdisciplinario del enfermar humano*. Buenos Aires: Fundación Argentina de Logoterapia.

Crick, F. (1994). *The Astonishing Hypothesis: Scientific Search for the Soul*. New York: Scribner.

Debeljuh, P. (2003). *El desafío de la ética*. Buenos Aires: Temas.

Dennett, D. (1991). *Consciousness Explained*. Boston: Little Brown.

Dennett, D. (2004). *La evolución de la libertad*. Barcelona: Paidós.

Frankl, V. (1987). *El Hombre doliente*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. (1996). *El hombre en busca de sentido* (18ª edición). Barcelona: Herder.

Frankl, V. (1999). *El hombre en busca del sentido último*. Barcelona: Paidós.

Frankl, V. (1977). *La presencia ignorada de Dios*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. (1984). *La idea psicológica del hombre*. Madrid. Rialp.

Frankl, V. (1990). *Logoterapia y Análisis existencial*. Barcelona: Herder.

Kandel, E., Schwartz, J. H., Jessel T. M. (2000). *The principles of neural science*. New York: Mac Graw-Hill.

Mesulam, M-M. (2000). *Principles of Behavioral and Cognitive Neurology* (2nd edition). New York: Oxford University Press.

Morin, E. (2001). *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Nagel, T. (1993). What is the man brain-mind problem? *Experimental and Theoretical Studies of Consciousness*. 174: 1-13.

Searl, J. (2000). *El misterio de la conciencia*. Barcelona: Paidós.